

Homilías del Domingo 29 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle:

'Hazme justicia frente a mi adversario'; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: 'Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara.'» Y el Señor respondió: "Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»

Palabra del Señor

Homilías

(A)

¿Por qué rezamos poco?

La pregunta me parece tonta. Eso es como preguntarle a dos enamorados ¿por qué hablan tanto? O preguntarle a una pareja de esposos cansados ¿por qué se hablan tan poquito? El Evangelio de hoy nos habla de “cómo tenían que orar siempre sin desanimarse”.

- Se habla mucho con alguien cuando tenemos algo que decirle. Cuando dentro llevamos cosas que compartir. O simplemente cuando queremos comunicamos con alguien. A mí me encantan los niños cuando están hablando los mayores.

Ellos meten cuchara cuantas veces pueden. Y ya pueden decirles que se callen, que no molesten y no fastidien. “Mami... papi... mi hermanito, mi hermanita... oye mami, dónde...”. Te he dicho que no molestes... que estoy hablando con tu tío César... Tú ya puedes seguir en lo tuyo que ellos siguen en lo suyo... “mami... papi...”. Ellos se sienten en su ambiente. Se sienten con derecho a que se les escuche, por muy ocupados que estén los viejos...

- Por eso, preguntar por qué rezamos tan poco, pareciera tener una respuesta muy simple: ¿No será que no tenemos nada que decirle a Dios? ¿No será que no nos sentimos en ambiente con Él?

- El problema de la oración en sí no existe. Lo que existe es una experiencia de Dios que se eclipsa en nuestro interior. Dios pareciera no ser gran noticia para nosotros. En la medida en que Dios es o deja de ser noticia dentro de nosotros, en esa misma medida, rezamos o dejamos de rezar. Por eso Santa Teresa, que tanto sabía de oración, define la oración como “hablar de cosas de amistad”. Porque no me digas que con los amigos, los amigotes, no hablas. Hasta es posible que te manden callar porque no dejas hablar a los demás. En cambio cuando se trata de hablar con Dios, necesitamos que nos manden rezar.

- Al principio de mi sacerdocio me impresionó un amigo mío, me mandó llamar pues quería confesarse. Lo visité en su casa. Después de confesarle le dije que rezara en penitencia un Padre nuestro. Por favor, Juan, mándame una penitencia. No me digas que rezar un Padre nuestro es penitencia. Para mí, rezar, es algo muy agradable, placentero, me siento a gusto rezando. Díme, ¿por qué los sacerdotes habeís acostumbrado tan mal a la gente en la confesión? Por una parte los invitáis a que recemos a Dios diariamente, y luego nos habláis de la oración como “una penitencia por los pecados” .., por favor, ... Desde entonces no se me ha ocurrido nunca mandar a nadie que como penitencia rece un padrenuestro.

- Rezar... una penitencia... En mis años de sacerdote no había caído en la cuenta. Rezar no puede ser penitencia. Rezar tiene que ser un momento agradable, porque eso de oración es “cosa de amistad”. Y yo no hago penitencia cuando hablo con los amigos.

- Claro que alguien puede decirme que él espera para rezar, a sentir a Dios como amigo suyo. Pues, no estoy de acuerdo. Es cierto que con los amigos hablamos a gusto. Pero también es cierto que hablando nos hacemos muchos amigos. Cuántas veces te encuentras con alguien a quien no conoces. Comenzáis a charlar y al final del viaje sois amigos. Y os cursáis mutuas invitaciones. Pues si bien la oración nace de la amistad con Dios, también es cierto que cuanto más reces más irás sintiendo a Dios como amigo.

- Puede que al principio te sientas un tanto corto en tus manifestaciones. Pero Dios es un tipo que fácilmente se deja querer y amar. Si comienzas a

charlar con Él, pronto te darás cuenta de que “es un tipo simpático, y que te cae bien”. Lo importante es que rompas el hielo. Comienza, no importa lo que le digas. Y si no sabes cómo hacerlo, cuéntale cómo te ha ido durante el día. Y si prefieres, dile lo que te cuesta aguantar a tu marido o a tu esposa, y hasta le puedes decir que con la suegra es inútil, pues se quiere meter en todo... Así de simple. ¿Para qué andar con rodeos, si Él está esperando tu primera palabra que le dé ocasión para entrar en amistad contigo?

- Recuerdas esa propaganda “fui al gimnasio y no pasó nada... compré ropa nueva... y no pasó nada. Sigo igual de gorda”. Hay muchos que tienen una dificultad para rezar. Le recé el otro día, y no pasó nada. No me hizo caso. Le pedí que me ayudara en lo otro y no pasó nada, tampoco me hizo caso. Para qué seguir.

Oye, amigo, tú también me das la impresión de que lo único para lo que quieres las amistades es para desplumarlas, pedirles tarjetas de recomendaciones, ascensos. La amistad es otra cosa, hermano. Deja que la amistad profundice vuestra relación y verás cómo las cosas llegan sin pedir las. No seas de los que sólo rezan cuando se mojan. Yo no creo que hables con tu madre sólo cuando necesitas pedirle dinero para ir al cine o para comprar algo... Ni creo que hables con tu chica cuando necesitas que te haga un favor.

Los amigos mendigos ordinariamente no saben de amistad. Más bien diría que son tíos de los que hay que prevenirse. La mejor amistad se da cuando el amigo se siente precisado a querer hacer algo por ti sin que tú se lo pidas. Yo creo que Jesús andaba por esa línea cuando dijo que “el Padre, aún antes de pedirle nada, ya sabe lo que necesitáis”.

No seas tú como aquel niño a quien su mami le preguntó: hijito ¿ya has rezado algo al levantarte? No, mami, durante el día yo no tengo miedo. Sólo rezo de noche que es cuando me da miedo estar solo. Prefiero que digas como Gandhi: “Puedo pasar un día sin comer, pero no puedo pasar un día sin rezar...”

(B)

Orar hoy y siempre. ¿Puede uno imaginarse un hijo y un padre sin hablar nunca entre sí? ¿Y unos enamorados que no hablasen o lo hiciesen sólo de vez en cuando? ¿Y unos amigos sumidos en un mutismo diario? Serían ciertamente especímenes rarísimos; muy poco humanos. Precisamente

uno de los dones que el hombre aprecia más, porque le permite relacionarse directamente con los demás, es el de la palabra. A través de la palabra el hombre puede decir al otro su amor o su odio, su respeto o su desdén, su confianza o su inquietud, su admiración o su desprecio. Es inimaginable un hombre que no hable con aquél que, de un modo u otro, ame.

Y sin embargo, en el cristianismo tenemos que esforzarnos por convencernos de la necesidad de la oración cuando la oración es sólo y únicamente hablar con Dios, con ese Dios al que decimos amar y seguir. Orar para el cristiano debería ser tan natural como lo es hablar para el hombre; porque debería ser natural la necesidad de ponerse en contacto con Dios para decirle que le amamos y que le necesitamos. Ciertamente que el hombre debe hacer un esfuerzo para hablar con Dios al no encontrar, inmediatamente, la relación directa que encuentra aquí con «el otro» a quien se dirige. Pero no es menos cierto que si tenemos una fe viva y operante crecerá la exigencia de acudir al Señor, y aun ejercitándose en un monólogo aparentemente sin respuesta, poner cerca de Él todas las inquietudes de nuestra vida.

Jesús insiste cerca de sus apóstoles en la necesidad de orar. Por algo será. Y hasta se toma el trabajo de enseñarles cómo hay que hacerlo y qué es lo que hay que decir cuando se dirijan al Padre. En momentos especialmente dolorosos y peligrosos para El y los suyos les prevendrá de su posible deserción advirtiéndoles que oren para no caer en la tentación.

¡Y es tan fácil caer en la tentación! No precisamente en una tentación, pudiéramos decir extraordinaria, como la que vivían los apóstoles en el momento en el que Jesús les formuló la advertencia que comentamos, sino en la tentación diaria de la indiferencia, de la abulia, de la vida acomodaticia y fácil.

Jesús quiere que oremos por encima de cualquier sensación de fracaso en la oración. Quiere que oremos con la insistencia con la que, en la vida, se pide justicia, por ejemplo. Es decir, con la insistencia que acometemos lo que de verdad nos interesa en la tierra. La mujer viuda, indefensa por consiguiente, consiguió del juez que le atendiera y no porque se sintiera inclinado a hacerlo, sino porque le venció la insistencia tenaz de la mujer. Y es que en las cosas humanas actuamos tenazmente. Con insistencia solicitamos justicia o reparación. Con insistencia perseguimos el negocio y hablamos con quien sea necesario y cuantas veces haga falta para llegar hasta aquél que puede echarnos «una mano» en la empresa que acometemos, con insistencia hablamos con el médico que pensamos puede curarnos, con la persona que creemos que puede querernos.

Pues con esta insistencia quiere Jesús que oremos, es decir, que nos dirijamos a Dios para pedirle o simplemente para decirle que le amamos. No sé si en la actualidad hay crisis de oración. Es posible que este hombre nuestro tan lleno de ruidos, de prisa, de orgullo, de competitividad, de grandes logros y de no menos grandes y ruidosos fracasos, se haya olvidado de que ahí, cerca de él y aun en la intimidad de su ser, Dios está esperando que le dedique unos minutos de su preciosa vida para decirle con absoluta sencillez lo que piensa, lo que teme, lo que desea, lo que padece y lo que goza. Porque eso es orar.

(C)

¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos que claman a él? Cuenta el evangelio que Jesús intentaba explicar a sus discípulos «la necesidad de orar siempre sin desanimarse». Quizás Jesús se había encontrado con personas desanimadas que desconfiaban del valor de la oración. Quizás esto mismo ocurría ya en alguna comunidad cristiana en la que las persecuciones y los conflictos hacían surgir voces que decían cosas así: «Dios no nos va a resolver los problemas. Lo importante es trabajar por salir adelante y no perder el tiempo confiando en la oración. Lo que no hagamos nosotros, Dios no lo va a hacer por nosotros». Seguro que expresiones muy parecidas también las hemos oído nosotros alguna vez. Sabemos que ahora también hay mucha gente desanimada, porque no tiene claro que la oración sirva para algo. Sin embargo, el evangelio de este domingo tiene un mensaje bien sencillo. Jesús quería que sus discípulos fueran personas de oración, personas que rezaran a Dios insistentemente, sin desanimarse, sin cansarse. Desde esta enseñanza del evangelio, los cristianos hemos aprendido de Jesús que tenemos que ser personas de oración, sin desanimarnos ni cansarnos de acudir al Señor insistentemente.

Es evidente que ahora muchos hombres y mujeres también se acuerdan de Dios y le tienen presente en sus vidas, le cuentan sus alegrías y sus penas, le piden ayuda en sus dificultades o le dan gracias en sus logros. Para nosotros, Dios no es un ser extraño y lejano que no se implica en nuestras peripecias. No estamos solos en la vida. Jesús nos promete en el evangelio que Dios nos escucha y que hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche.

Pero Dios tampoco tiene una varita mágica con la que nos haga salir siempre airoso de nuestros trabajos. Quizás haya personas que todavía andan por la vida como si las cosas se pudieran arreglar recitando

oraciones, pero sin comprometerse personalmente en nada. No es sincera una oración en la que pedimos a Dios que arregle nuestro mundo mientras nosotros nos desentendemos de todo. Sólo debemos pedir a Dios lo que queremos de verdad y por lo que nos esforzamos sinceramente. Tendremos que cuidar que nuestra oración sea un acto de sinceridad ante Dios, sin decir mentiras o palabras vacías. Que lo que digamos con los labios salga del corazón. Pero habremos de cuidar también que nuestra oración no nos lleve a cruzarnos de brazos cómodamente mientras esperamos soluciones milagrosas. Sólo seremos capaces de pedir a Dios una cosa con insistencia si también nos esforzamos por ello con insistencia. Así nos lo enseñaba también la primera lectura.

Asimismo, sabemos que la oración, cuando es un encuentro verdadero con el Señor, nos va cambiando interiormente. Nos hace mejores personas y mejores cristianos. Nosotros somos pobres con muchas pobreza a costas. Tenemos debilidades y andamos necesitados de ayuda y de fuerza para mantenernos en el buen camino y para realizar nuestra labor de transformación del mundo. Nuestra actitud más natural y más sencilla es pedir al Señor insistentemente, confiadamente, sin cansarnos. Pero cuando rezamos, nos acercamos a Dios con humildad, sin exigir derechos, suplicando. Y rezamos de corazón, delante de Dios, en intimidad profunda, en diálogo sencillo. Ponemos delante de Dios nuestras preocupaciones y esperanzas, nuestros trabajos y nuestra vida entera. Dios pone ante nosotros su luz, su fuerza y su llamada animosa a seguir su camino. No estamos solos ni abandonados a nuestras pobres fuerzas. Siempre contamos con el favor de Dios, que no nos abandona nunca. Así nos lo quiso enseñar Jesús para que fuéramos personas de oración.

(D)

Orar siempre sin desanimarse Lc 18,1-8

Tengo en mi biblioteca una larga lista de libros sobre la oración. Están escritos por maestros espirituales de gran experiencia, creyentes que pasan muchas horas recogidos ante Dios. Son grandes orantes, capaces de estar en silencio contemplativo ante el Misterio. Su experiencia estimula y orienta la oración de no pocos creyentes.

Sin embargo, hay otras muchas formas de orar que no aparecen en estos libros y que, sin duda, Dios escucha, entiende y acoge con amor. Es la oración de la mayoría, la que nace en los momentos de apuro o en las

horas de alegría intensa. La oración de la gente sencilla que, de ordinario, vive bastante olvidada de Dios. La oración de quienes ya no saben muy bien si creen o no. Oración humilde y pobre, nacida casi sin palabras desde lo hondo de la vida. La «oración con minúscula».

¿Cómo no va a entender Dios las lágrimas de esa madre humillada y sola, abandonada por su esposo y agobiada por el cuidado de sus hijos, que pide fuerza y paciencia sin saber

siquiera a quién dirige su petición? ¿Cómo no va escuchar el corazón afligido de ese enfermo, alejado hace ya muchos años de la práctica religiosa, que mientras es conducido a la sala de operaciones empieza a pensar en Dios sólo porque el miedo y la angustia le hacen agarrarse a lo que sea, incluso a ese Dios abandonado hace tiempo?

¿Cómo va a ser Dios indiferente ante el gesto de ese hombre que olvidó hace mucho las oraciones aprendidas de niño y que ahora sólo sabe encender una vela ante la Virgen, mirarla con angustia y marcharse triste y apenado porque a su esposa le han pronosticado sólo unos meses de vida? ¿Cómo no va a acoger la alegría de esos jóvenes padres, bastantes despreocupados de la religión, pero que agradecen sorprendidos el regalo de su primer hijo?

Cuando Jesús invita a «orar siempre sin desanimarse» no está pensando probablemente en una oración profunda nacida del silencio interior y la contemplación. Nos está invitando a aliviar la dureza de la vida recordando que tenemos un Padre. Algunos lo hacen con palabras confiadas de creyente, otros con fórmulas repetidas durante siglos por muchas generaciones, otros desde un corazón que casi ha olvidado la fe. A todos escucha Dios con amor.

(E)

Jesús intenta explicar a sus amigos cómo es necesario orar sin desanimarse.

No se trata de estar orando a todas horas, sino de hacer de la vida misma una oración.

Se trata de una actitud que convierte en oración la vida misma.

El que vive en esta actitud no se olvida de los problemas, ni de las realidades y compromisos de cada día.

El que vive en esta actitud vive preocupado por los problemas y dificultades de los demás, sin olvidarse de los personales y propios.

Esta oración no es una huida de la vida, un perder el tiempo, sino que es vivir el momento, pisar la realidad.

Orar no es alejarse de la realidad para elevar los ojos al cielo y quedarnos quietos.

Orar es vivir con sentido, presentar nuestras vidas ante Dios y luchar para resolver los problemas de cada día.

Sin embargo orar, es también, lo que nosotros solemos llamar hacer oración: rezar el Padre Nuestro, el Ave María y otras oraciones que hemos aprendido de niños.

Pero esta oración sólo tiene sentido si está respaldada por nuestra vida, por nuestra forma de ser.

No basta con decirle a Dios: Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, si nosotros no sabemos repartir, colaborar y perdonar. Esa oración sería una mentira, un pedir cosas que no queremos, que no trabajamos para que sean una realidad en nuestras vidas.

Resulta fácil aprender de memoria unas oraciones, para luego repetirlas rutinariamente.

Resulta fácil asistir a Misa los Domingos, pero es difícil cumplir la voluntad de Dios y amar y ayudar a todos.

Es fácil acercarnos a comulgar, a recibir el perdón de Dios, pero nos cuesta comulgar con los demás, compartir con ellos penas y alegrías, nos cuesta perdonar.

Si no estamos dispuestos a trabajar para conseguir lo que pedimos, ¿Para qué engañarnos? ¿Para qué mentir en la oración?

Es verdad que el mundo no va a cambiar porque multipliquemos los rezos rutinarios.

Pero, ¿conseguiremos cambiar algo, si no rezamos y trabajamos para que sea una realidad lo que pedimos? .

Debemos hacer que sea verdad el viejo dicho de: "A Dios rogando y con el mazo dando".

(F)

En un pequeño país de África había dos tribunales de justicia: el uno estaba formado por jueces cristianos y el otro por jueces paganos. El tribunal cristiano condenó como ladrón a un negro que, al pasar por una finca, cogió unas frutas para su esposa. El negro apeló al tribunal pagano y este condenó al propietario de la finca porque lo que había hecho el negro era sólo para ayudar a su mujer, que estaba encinta y estaba a punto de caer sin fuerzas.

Está claro cuál de las dos sentencias estaba de acuerdo con el Evangelio; y está claro que una cosa es llamarse cristiano y otra muy distinta es tener una conducta cristiana.

Me pregunto: ¿Haya no hay justicia en el mundo? Los que ganan un pleito tal vez digan que sí; los que lo pierden tal vez digan que no.

Personalmente pienso que en el mundo hay poca justicia.

Llamamos violador al que abusa de una mujer valiéndose de la fuerza. En cambio, llamamos listo al que abusa de una mujer valiéndose de mentiras y engaños.

El hombre que liga con cinco mujeres es un machote; la mujer que liga con cinco hombres es una fulana. Es hora de que nos dejemos de machismos. Las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres. No es admisible el maltrato, demasiado frecuente, que la mujer recibe del hombre.

Llamamos delincuente al que con una navaja hiere a un vecino; pero no al que, a un vecino, le hace la vida imposible.

Pero es que, además, en el mundo hay injusticias que claman al cielo.

Recuerdo que un obrero murió víctima de la contaminación que sufrió trabajando en una fábrica; y el médico de la empresa, para que la esposa no pudiera cobrar lo que por la ley le correspondía, certificó que el obrero murió por exceso de bebida; y la verdad es que no probaba el alcohol.

En América grandes terratenientes eliminaron a familias enteras para apoderarse de sus pequeñas propiedades.

En concreto, en el Salvador, monseñor Romero y varios jesuitas fueron asesinados porque, como Jesús, levantaron la voz en defensa de los pobres.

En el mundo hay personas honradas que se las ven y se las desean para sacar su familia adelante. Y hay vivales sin conciencia que amasan grandes fortunas pasando por encima de todo; estos, o nunca tuvieron conciencia o, si la tuvieron, la han perdido.

¡Cuántos crímenes, cuántas injusticias, cuántas lágrimas, y todo por el dios dinero! Ante el dios dinero no se respeta ni lo más sagrado.

En este mundo, ¿dónde está la justicia?

Una de dos: o existe Dios o no existe. Si no existe, este mundo es un mundo sin sentido; todo es absurdo. Y entonces ¡qué importa un absurdo más! Habrá que gritar: «¡Vivan los pillos!».

Pero si Dios existe, oye los gritos de las víctimas y hará justicia.

P. Juan Jáuregui Castelo